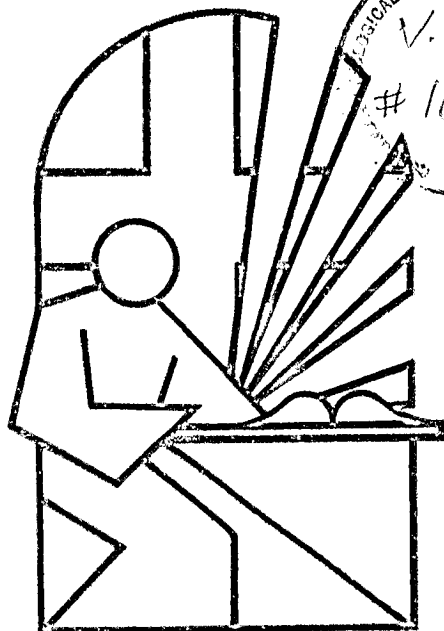

REVISTA TEOLOGICA

NOV 18 1993

I
E
L
A



SEMINARIO
CONCORDIA

AÑO 44

Nº 160

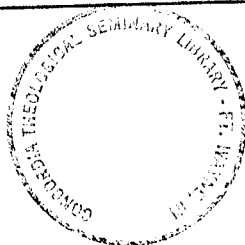


Revista

NOV 10 1999

Teológica

Publicación Cuatrimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior de Teología de la
IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA ARGENTINA



J 180306

SEMINARIO CONCORDIA
Casilla de Correo N° 5 - (1655) JOSÉ LEÓN SUÁREZ
Prov. de Buenos Aires - Argentina

Año 44 - N° 160

1er semestre 1999

Indice

- **EDITORIAL**

ACERCA DE ESTE NÚMERO..... *pág. 5*

- **LAS INSTITUCIONES TEOLÓGICAS FRENTE AL DESAFÍO DEL NUEVO MILENIO**

Dr. David Coles.....pág. 7

- **ESTRATEGIAS MISIONALES DE LAS IGLESIAS NACIONALES FRENTE AL DESAFÍO DEL NUEVO MILENIO.**

Dr. Jorge Groh.....pág. 27

- **EN PRIMER LUGAR: ¡LA VERDAD!
REFLEXIONES EN TORNO DEL MENSAJE
EVANGELÍSTICO**

Pr. Rudolf Mökel.....pág. 53

- **SEPELIO CRISTIANO**

Justin A. Petersen.....pág. 73

- **PASTORAL A LA JUVENTUD**

Prof. Antonio R. Schimpf.....pág. 90

EN PRIMER LUGAR: ¡LA VERDAD!

Reflexiones en torno del mensaje evangelístico

Pr. Rudolf MÖKEL

Tomar como modelo de mensaje evangelístico, apto aún para nuestros días, lo que en su momento dijeron un Pedro o un Pablo: - ¿no sería un intento hartó extemporáneo? Además ¿para qué convertir en problema algo que para los más ya dejó de serlo? Pues desde hace bastante tiempo existe un consenso cuasi general acerca de que el discurso evangelístico tiene que ser colorido, gráfico, impactante, positivo, para que "llegue" al auditorio, porque se supone que sólo de esta manera es posible alcanzar con el evangelio de Jesucristo al hombre de nuestros días. Y el que se atreve a cuestionar la validez de ese supuesto, corre el riesgo de ser tenido de moralista e iluso.

Sin embargo, precisamente en las circunstancias actuales se hace imprescindible reflexionar acerca de una práctica evangelística enraizada en las Sagradas Escrituras. El por qué no es difícil de descubrir: hay una marcada diferencia, mejor dicho, tensión, entre lo que hoy por hoy se denomina "evangelismo" p. ej. en ciertos programas radiales y televisivos y actos públicos, y la práctica evangelística de los apóstoles. Y esta tensión no es casual. No pocos cristianos están convencidos de que la metodología apostólica es irremisiblemente obsoleta, por lo que en la actualidad ya no puede servir de norma.

¡Un error de graves consecuencias! En efecto: nadie puede negar que con su labor evangelizadora, los apóstoles transformaron en cuestión de décadas el mundo de aquel entonces, creando innumerables focos de difusión de la Buena Nueva a lo largo y lo ancho del imperio romano. Esto pone en evidencia que tenemos sobrados motivos para inscribirnos en la escuela de los apóstoles y aprovechar lo que ellos pueden enseñarnos - también y ante todo sus "secretos" de la práctica evangelística. La manera más sencilla de hacerlo es estudiar con detención los sermones de

este tipo que Pedro y otros dieron en distintos lugares y ante auditorios de muy diversa índole, dado que dichos sermones revelan a las claras los puntos que los apóstoles consideraban claves.

Sirvamos para tal fin cuatro sermones ejemplares que someteremos a un análisis: Los primeros dos fueron dirigidos a una multitud compuesta exclusivamente por judíos; el tercero contó con un público mixto en que además de judíos hubo también gente de otras nacionalidades; y las personas que escucharon el cuarto sermón pertenecían todas a naciones paganas. El texto a analizar son los informes del libro de los Hechos de los Apóstoles, tal como los pone a nuestra disposición el evangelista Lucas.

La práctica evangelística de los Apóstoles

1) Sermones evangelísticos predicados en Jerusalén

Los primeros dos sermones evangelísticos registrados en el libro de los Hechos los dio el apóstol Pedro en la ciudad de Jerusalén, poco después de la crucifixión y resurrección de Jesús, ante sus connacionales judíos. Todavía seguían frescos en la memoria de todos los habitantes de la ciudad los hechos dramáticos ocurridos en las semanas pasadas. Y en medio de esta atmósfera, seguramente aún muy tensa, Pedro pronunció dos alocuciones evangelísticas que bien merecen el calificativo de "imponentes" (Hch. 2:14-36 / Hch. 3:12-26).

Hay algo que salta a la vista ya en una primera lectura de estos dos sermones: ambos tienen un muy sólido fundamento bíblico. Veamos el sermón primero: Lo acontecido en Pentecostés, Pedro lo aclara con una cita de Joel (Jl. 2:28-32 / Hch. 2:25-28). De modo similar procede en su segundo sermón evangelístico, el "discurso en el templo" (Hch. 3:12-26). También allí hace hablar al Antiguo Testamento: cuando, en la mitad de su exposición, se refiere a una profecía mesiánica, le da la palabra a Moisés (Dt. 18:15-19); y finalmente emplea el pasaje de Gn. 22:18 a modo de "comprobante histórico" de la elección del pueblo de Israel (Hch. 3: 25-26).

Como se ve: una de las características sobresalientes de los primeros discursos evangelísticos era su visible raigambre en las Sagradas Escrituras. Los apóstoles trabajaron en forma intensiva con el Antiguo Testamento, abriendo paso a paso, para ellos mismos y para sus oyentes, el rico tesoro de las profecías mesiánicas veterotestamentarias.

El hecho es que los apóstoles se vieron enfrentados con un desafío tremendo: ante todo entre sus connacionales judíos, el creer en Jesús chocaba con un cúmulo de objeciones. Para ellos era inconcebible que el hijo de un simple carpintero, un joven recién entrado en la vida real, podía ser poseedor de una sabiduría superior a la de Moisés. Un rabí, carente de formación académica debidamente documentada, y que para colmo había tenido más de una seria discusión con los exégetas oficiales de las Escrituras Sagradas, ¿cómo podía una persona tal ser el “maestro de Israel”, o incluso el Mesías? Todo esto bastaba ya de por sí para escandalizar a los judíos. Pero después de la crucifixión de Jesús, la invitación a creer en él como en el Mesías resultaba no sólo una ofensa para un hijo del pueblo escogido por Dios, sino ni más ni menos que un contrasentido. ¿Acaso en el Antiguo Testamento no se declaraba en forma expresa: *“Maldito por Dios es el colgado”* (Dt. 21:23)?

En cierta ocasión, un judío del siglo 2 de nombre Trifón, que se había abocado detenidamente al estudio y análisis de la fe de los seguidores de Jesús, le confesó a Justino, su interlocutor cristiano:

“Ten la certeza de que nuestro pueblo entero espera ansioso al Mesías. Y admitamos que todos los pasajes de las Escrituras que citaste se refieren a él. Pero en cuanto a la vergonzosa muerte de Cristo en la cruz - éste es un punto que para nosotros está fuera de toda discusión; porque sobre toda persona que es crucificada pesa la maldición de la ley, y esto hace que yo no pueda compartir en absoluto tu fe que ve en ese Cristo al Mesías. No existe la menor duda: los textos de las Escrituras indican que el Cristo tendría que pasar por muchos sufrimientos. Sin embargo, quisiéramos saber si tú nos puedes demostrar que se trata de un “sufrir” que coloca al sufriente bajo maldición de la ley” (Justino, *Diálogo con Trifón*, pág 89)

Otra dificultad surgía del hecho de que la confesión más conocida de los cristianos rezaba: "Jesús es Señor". En el judaísmo, el "Señor" era sola y exclusivamente Dios mismo (en hebr.: "adonai"). De ahí que muchos judíos creyeran que los cristianos adoraban a dos dioses.

Especial indignación causó la enseñanza cristiana de que Jesús había nacido de la Virgen María. Los judíos no desconocían la mitología griega que entre otras cosas hablaba de relaciones carnales entre los dioses olímpicos y mujeres humanas - relatos, para ellos, por demás bochornosos. ¡Y ahora, a criterio de ellos, el "relato" cristiano del nacimiento virginal de Jesús al parecer degradaba al Dios de Israel al nivel de los dioses paganos!

Y otro escándalo más: al poco tiempo, los cristianos dejaron de practicar la circuncisión, y el día de reposo lo pasaron del sábado (judío) al domingo. Si se tiene en cuenta la altísima estima que los judíos profesaban a la ley de Moisés, fácil resulta imaginar su reacción alérgica a las nuevas costumbres que reinaban entre los cristianos. - El ya mencionado Trifón escribe al respecto:

"En la vida y la enseñanza de ustedes hay cosas que para nosotros no tienen explicación. Ustedes confiesan ser personas piadosas, incluso mejores que los demás. Sin embargo, no cortan las relaciones con su entorno en ningún punto. Tampoco cambian su modo de vivir en comparación con el de otros pueblos. No guardan el sábado ni otras fiestas, ni tampoco el rito de la circuncisión. A esto se agrega que ustedes, que depositan su esperanza en un hombre que fue crucificado, quieren que Dios los bendiga con bienes y favores, y eso a pesar de que no guardan sus mandamientos. ¿Acaso no han leído aquello de que "todo varón que no hubiere sido circuncidado al octavo día, será cortado de mi pueblo?" (comp. Gn. 17:14). (Op.cit., pág. 10)

Quiere decir, entonces, que en su labor evangelística, los apóstoles tuvieron que luchar con numerosas objeciones y cuestionamientos críticos. Pero lejos de tratar de eludir tales objeciones y cuestionamientos, dieron la cara y los contestaron. Y su forma de hacerlo fue presentar en cada uno de los casos una respuesta escritural bien fundada.

Pero una cosa jamás hicieron: No acomodaron su discurso al gusto de su ocasional público. Jamás practicaron corte alguno en la verdad divina. Jamás adaptaron el evangelio a las (presuntas) necesidades de sus oyentes. Jamás ocultaron o dejaron para otro momento declaraciones bíblicas que quizás podrían resultar chocantes. Tal como lo afirma S. Pablo, “no rehuyeron anunciar todo el consejo de Dios” (Hch. 20:27) Precisamente los discursos evangelísticos del apóstol Pedro son una clara prueba al caso. No tuvo ningún reparo en llamar las cosas por su nombre. Dijo p.ej.:

“Varones israelitas, oid estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole” (Hch. 2:22-23).

O, con mayor crudeza aún, en su discurso en el templo:

“Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos” (Hch. 3:14-15)

Para un judío de aquel entonces, esto era un lenguaje inaudito. Lo que allí se les echó en cara, eran verdades durísimas, que debían haber actuado como estocada en avispero - pero verdades que era necesario decir sin disimulo ni eufemismo, si se quería lograr el resultado deseado: conducir al arrepentimiento y a la fe.

Así que: los apóstoles enfrentaban a la gente con toda la verdad de Dios, esforzándose por decir en cada ocasión lo que la ocasión reclamaba. Tal era su método de trabajar, y Dios bendijo este método de la manera más abundante. Como ejemplo: “Muchos de los que habían oído la palabra, creyeron: y el número de los hombres era como 5000” (Hch. 4:4).

Pero además de lo que se acaba de mencionar, el mensaje evangelístico de los apóstoles presentaba otra característica, digna de destacar: Siempre hacían alusión también al juicio de Dios. En cualquier tiempo y lugar, y ante cualquier grupo de oyentes: nunca dejaban de referirse al inminente juicio de Dios. Los dos

sermones de Pedro dan cuenta de ello (Hch. 2:14-21 / Hch. 3:21-23).

Es un detalle que nos da de pensar. Al fin de cuentas, los apóstoles también podrían haber adoptado un estilo diferente: podrían haberse limitado a describir la maravillosa experiencia que es para una persona el aceptar a Cristo; cuánto mejor le irá a partir de este momento, y cuánto mejor se sentirá. Podrían haber hablado de la amplia gama de problemas existenciales que se verán resueltos cuando los hombres se deciden por seguir a Cristo; cuánto más seguros, felices y equilibrado se sentirán; cuántas necesidades quedarán satisfechas, cuánto déficit pagado y eliminado. Pero nada de esto hicieron. Dondequiera que propalaban la Buena Nueva de Jesús, también tocaban ese otro tema tan riesgoso y tan poco grato: el juicio de Dios.

Surge entonces la lógica pregunta: ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué siempre de nuevo se atrevieron a poner sobre el tapete ese tema urticante? - La respuesta es: lo hicieron porque el evangelio de Cristo y el juicio de Dios forman un todo inseparable; donde se habla de lo uno, es menester hablar también de lo otro, quíerese o no.

Y la razón es: el efecto mayor, más glorioso y más importante del evangelio consiste en que salva al hombre de caer bajo el juicio de Dios. Las necesidades de la humana condición, la dicha, la armonía, el bienestar en la presente vida terrenal - todo esto es muy apetecible, pero no es la meta principal a que se quiere llegar con la predicación del evangelio. La meta principal es la salvación de la ira divina. Antes como ahora, en esto radica la razón de ser de la Buena Nueva de Jesucristo.

Esto se hace evidente también en el próximo mensaje evangelístico que entra en nuestro estudio. Su auditorio: un grupo heterogéneo compuesto en parte por judíos, y en parte por personas de otras nacionalidades.

2) Sermón evangelístico en Antioquía

Antioquía era una ciudad situada en el centro de Asia Menor (la Turquía actual). Pasaba por allí una ruta comercial romana, la Vía Sebaste, y la población la integraban griegos, romanos, frigios, y numerosos miembros del pueblo judío. En circunstancias

en que Pablo y su acompañante Bernabé asistían a un acto religioso celebrado en la sinagoga de la ciudad, después de la lectura de la Ley y de los Profetas se los invitó a dirigir algunas palabras al pueblo. Es muy probable que se había corrido la voz de que Pablo era un rabino que había hecho estudios bajo el célebre Gamaliel. Y así, inesperadamente, a Pablo se le presentó la oportunidad de exponer el evangelio ante judíos y “personas que temían a Dios” (o sea, gentiles que frecuentaban los cultos en la sinagoga).

Por supuesto, Pablo aceptó gustoso. Naturalmente, Lucas no reproduce su mensaje en toda su extensión, sino que se limita a las frases más significativas. Pero aun éstas nos transmiten una viva idea de cómo Pablo procedía en su evangelización.

Inicia su discurso con una detallada ojeada retrospectiva a la historia pasada de Israel (Hch. 13:16-23). Menciona la elección de los “padres”, Abraham, Isaac y Jacob. Describe los tiempos vividos como extranjeros en Egipto, la huida de la esclavitud, y los cuarenta años en el desierto. Otros temas son la conquista de Canaán y el gobierno de los Jueces hasta Samuel. Luego se refiere a los reyes de Israel: Saúl, el rechazado por indigno, y David, hombre conforme al corazón de Dios.

Lo de Pablo es un extenso viaje al pasado, con el objeto de captar la atención de la gente reunida en la sinagoga. La historia del pueblo de Israel no les era desconocida, y los grandes hechos de Dios despertaban su admiración: era su vida, su identidad nacional. El comenzar su prédica precisamente con estos temas revela la prudencia y la fina sensibilidad del apóstol.

Y luego, ya casi al término de su viaje por el pasado, Pablo da a su alocución un giro genial: dirige las miradas hacia el futuro, a la meta hacia la cual se encamina la marcha de los hijos de Israel a través de los tiempos. Esta meta se llama Jesús (Hch. 13:22-23). Pablo aclara a sus oyentes que Jesús, el Hijo de Dios, es exactamente el punto que el Señor de la Historia tiene en la mira al conducir a su pueblo por los altibajos de su azaroso peregrinaje. Si ellos toman en serio su propia historia, ante todo tienen que tomar en serio también a Jesús.

Llegado a esta altura de su alocución, Pablo pone otra nota ingeniosa: hace entrar en escena a Juan el Bautista (Hch. 13:23-25). Por el libro de los Hechos sabemos que Juan tenía un grupo de adeptos precisamente en Asia Menor (Efeso; Hch. 19:1-3). Esto hace suponer que también en Antioquía, Juan era una persona conocida y muy estimada. Y esto le da a Pablo la oportunidad para argumentar: el propio Juan, a quien todos ustedes conocen y aprecian, señaló a Jesús como el Mesías. Luego, si ustedes realmente toman en serio a Juan, tienen que aceptar también a Jesús; pues este Jesús era el personaje sobre el cual Juan llamó la atención.

Y de inmediato sigue otro paso de Pablo: Habiendo demostrado que Jesús es la meta de la historia de la humanidad, y después de haber dado la palabra a Juan el Bautista como garante, Pablo detalla los hechos más dramáticos de la vida de Jesús (Hch. 13:26-29). Habla del infame juicio a que sometieron a Jesús, y de su muerte, dejando en claro que Dios lo tenía todo bajo control. La muerte del Mesías no fue un incidente desgraciado, sino parte de un plan divino preconcebido ya en la eternidad.

Después pasa al tema de la resurrección de Jesús. Como Pedro en su sermón de Pentecostés (Hch. 2:14-36), También Pablo aduce testigos que pueden aseverar que la resurrección no era un cuento de fantasía, sino un hecho muy concreto. En primer lugar menciona a los testigos oculares (Hch. 13:30-31). A continuación cita a otros testigos más, profecías del Antiguo Testamento que hacen referencia a la resurrección de Jesús: Sal.2:6-7; Is. 55:3, y Sal. 16:10 (Hch. 13:32-37). De esta manera, Pablo hace con sus oyentes un verdadero estudio del Antiguo Testamento para demostrarles: todo apunta a Jesús. Y sólo entonces invita a dar el paso hacia la fe. (Hch. 13:38-39).

Pero con esto aún no ha llegado al final el discurso evangelístico de Pablo. En el punto culminante de su prédica, el apóstol lanza una advertencia (Hch. 13:40-41). Es como si dijera: El juicio de Dios no se hará esperar. Quien cree poder vivir sin Jesús, no tiene perdón, y en el postrer día se hundirá en la condenación. El asunto es serio. Lo que está en juego es dónde pasarán ustedes la eternidad. - Y una vez más, la confirmación la viene a dar una palabra profética (Hab. 1:5).

¡Que sermón! Muy sugestivo y muy claro. Muy evangelístico, pero nada “chato”. Muy personal, pero a la vez de un riguroso trasfondo bíblico. Si partimos de que Lucas nos trasmite solamente los pasajes más esenciales del sermón, podemos calcular que en total duró entre una y dos horas. Tanto más asombroso es su resultado: la gente está ansiosa por escuchar más. Lucas nos dice: *“Cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente día de reposo les hablasen de estas cosas”* (Hch. 13:42).

En algunos, esa ansiedad llega al punto de que el sábado siguiente les parece una fecha demasiado distante. No quieren esperar una semana entera. Su deseo es tener una conversación directa, personal, con Pablo y Bernabé (Hch. 13:43). Y en aquel “sábado siguiente” se pone en movimiento casi todo el mundo para escuchar la palabra de Dios (Hch. 13:44).

Lo que acabamos de analizar es el texto estenográfico de un suceso espectacular: *“¡Avivamiento espiritual en Antioquía!”* El detonante de dicho suceso fue un sermón nada trivial por cierto, y con sólido fundamento escritural.

¿No sería bueno tomar nota de ello? Repito: fue un sermón claro, nada trivial, con sólido fundamento escritural, lo que dio origen a aquel avivamiento. De modo que existe una relación directa entre avivamiento y sermón claro, fundado bíblicamente. Es evidente, pues, que sermones claros, con buen fundamento bíblico, traen consigo un despertar espiritual. Esto es un hecho comprobado no sólo por la Biblia sino también por la historia:

Desde los días de la Reforma hubo una larga serie de predicadores que dieron sermones del tipo como los que pronunciaron aquellos dos apóstoles, y que causaron el mismo efecto avivador. Pensemos en Martín Lutero, Juan Calvino, Hugh Latimer en el siglo 16; Juan Owen, Juan Bunyan, Ricardo Baxter, Tomas Brooks, Tomás Watson en el siglo 17; Juan Wesley, Jorge Whitefield, Jonatán Edwards en el siglo 19; Carlos H. Spurgeon y José Parker en el siglo 19; Martín Lloyd-Jones y Juan McArthur en el siglo 20 - todos ellos, hombres reconocidos por sus sermones medulosos, claros, bíblicos, y en parte de enorme extensión. Sin embargo, en su entorno hubo personas que llegaron a la fe. Hubo

un avivamiento espiritual. Recordemos pues: sermones de esta índole despiertan en los oyentes un hambre por escuchar más, por escuchar la verdad. Hambre mejor no existe.

Todo hace suponer que algunos oyentes antioqueños se convirtieron - más exactamente: fueron convertidos por obra del Espíritu Santo - ya durante la primera alocución de Pablo. Y sin duda no se lo ocultaron al apóstol y a su colaborador Bernabé. La reacción de ambos fue en verdad interesante: persuadían a los recién convertidos "*a que perseveraran en la gracia de Dios*" (Hch. 13:43). ¿Por qué esa exhortación? ¿Por qué no se confundieron con ellos en un abrazo entusiasmado? ¿Por qué no organizaron una pequeña fiesta en celebración del fausto acontecimiento? Respuesta: porque sólo al paso del tiempo se verá si una conversión fue genuina. De ahí la exhortación.

A ese estado de cosas se refiere Jesús con su parábola del sembrador (Mt. 13:1-8; 18-23), donde dice que si la palabra de Dios llega a oídos de los hombres, parte cae en pedregales. Brota como una buena semilla, pero no puede echar raíces. Al comienzo su aspecto es prometedor, pero a la larga se seca. Igual suerte corre la palabra que cae entre espinos. Brota, por un tiempo se desarrolla en forma satisfactoria, pero finalmente se ahoga y perece.

Con esto, el Señor quiere advertirnos que sólo con el transcurso del tiempo sale a la luz si la fe es auténtica o no. La buena imagen inicial puede resultar engañosa. Únicamente cuando la fe resiste el embate de pruebas y tentaciones y lleva fruto (Jn. 15:1-6), se puede conocer también por fuera que se trata de una fe genuina. Por esto, la Biblia pone tanto énfasis en que perseveremos en la fe. También la perseverancia es una señal de legitimidad (Col. 1:21-23; Jn. 8:31).

Después del mensaje evangelístico de Pablo en Antioquía aún no se podía decir a ciencia cierta si individualmente, la fe de los recién convertidos era verdadera o no. Por lo tanto, el apóstol no les asegura en forma prematura: ahora, todo está en orden. Antes bien, los exhorta: perseveren en la gracia, y demuestren así que su fe no es una emoción del momento.

Y esto tiene su importancia inmediata para la práctica de la evangelización hoy. Si en una campaña evangelística, una persona se adelanta, levanta la mano o llena una tarjeta, los motivos para ello pueden ser muy diversos. Puede ser un impulso sincero - pero no siempre es así. Sólo Dios lo sabe. Él mira el corazón; el hombre empero mira lo que está delante de sus ojos (1 S. 16:7). Por esto no estamos en condiciones de asegurarle a cualquiera que da un paso al frente en una reunión evangelística: de ahí en adelante estás salvado, para esta vida y por la eternidad. Lo único que podemos hacer es exhortarle a que perseverare en la gracia de Dios y no recaiga en su vida anterior. Pues sólo en la perseverancia está la demostración de si la fe es verdadera o no.

Para finalizar hagamos una breve lectura del sermón evangelístico que Pablo dio en la ciudad de Atenas, donde tuvo que habérselas exclusivamente con personas de origen no judío.

3) El sermón evangelístico de Pablo en Atenas

En los días de Pablo, Atenas era una sola colección de templos, estatuas y altares consagrados a los dioses, y de edificios bellísimos proyectados y ejecutados por arquitectos geniales. El mármol, el oro, y los más variados coloridos le conferían un aspecto fascinante. Al mismo tiempo era la “ciudad docta” por excelencia del mundo de aquel entonces. Contaba con las mejores escuelas y universidades. Albergaba entre sus muros las mayores bibliotecas y las obras de arte más exquisitas. La ciudad era en sumo grado religiosa y culta. Sólo le faltaba lo más importante: el conocimiento del Dios único y verdadero. Esa ciudad de Atenas, muestrario de lo mejor y lo más grande era capaz de producir el arte y la ciencia humanas - esa ciudad de Atenas era una ciudad perdida, atrapada en las redes de la idolatría.

Cuando Pablo llegó a Atenas en el transcurso de su segundo viaje misionero, comenzó sin más trámites con su tarea de siempre: la evangelización. “Discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían”(Hch. 17:17), entre los cuales había también filósofos y hombres de letras. Buscaba y tenía contacto con gente de todo tipo. Y el tema que compartía con ellos era siempre el mismo: el evangelio de Jesús, de su muerte y resurrección (Hch. 17:18).

Como se ve: Pablo no inició su actividad encargando un estudio del mercado para enterarse del estado interior de sus eventuales oyentes, sus emociones y necesidades. Ni mucho menos escogió un grupo piloto para luego concentrar sus esfuerzos en éste. Tampoco formó un team de evangelizadores ni realizó consultas mediante cuestionarios. Simplemente compartió la palabra de Dios. Aclaró, fundamentó, argumentó, expuso. Era consciente de ser nada más que el portavoz. La batalla verdadera la libraría el Dios viviente.

Poco es lo que nos dice Lucas acerca de la reacción de la gente. Se limita a destacar dos grupos de personas de entre los oyentes de Pablo: epicúreos y estoicos.

Los epicúreos eran discípulos del filósofo Epicuro, quien vivió unos cuatrocientos años antes de Pablo. Los epicúreos creían que la vida entera, con todo lo que encerraba, transcurría dominada por el signo de la Casualidad. En esto no diferían mucho de los hombres del siglo 20, que en su mayoría creen lo mismo (al menos en los países occidentales). Creían, además, que con la muerte todo llegaba a su fin, y que por lo tanto, había que aprovechar al máximo el breve tiempo de vida de que se disponía. Sin embargo, esto no los indujo al desenfreno. Al contrario: los epicúreos eran hombres de acendrada moralidad, convencidos de que una conducta moral era capaz de elevar al ser humano al goce de la felicidad suprema.

El otro grupo que Lucas menciona son los estoicos. Su filosofía proponía básicamente lo contrario de lo que sostenían los epicúreos: eran panteístas, que creían que todo cuanto existe es de alguna manera "divino". Creían además que tanto lo bueno como lo malo que ocurre tiene su origen en el actuar de Dios. Eran, pues, fatalistas que aceptaban tanto lo bueno como lo malo con igual inmovilidad de ánimo, desapasionadamente. Por otra parte se distinguían por su profunda comprensión para con las necesidades y falencias, grandezas y bajezas de sus semejantes.

Se entiende que para los epicúreos y estoicos, ese Pablo con su evangelio de la muerte y resurrección de Jesús era un tipo raro. Por eso, un día "tomaron a Pablo y lo trajeron al Areópago" (tribunal superior de la Antigua Atenas) para enterarse de

mayores detalles acerca de la doctrina cristiana. Y por supuesto, Pablo aprovechó al instante esta magnífica oportunidad. En forma magistral expuso la verdad de Dios ante esa asamblea de intelectuales (Hch. 17:18-21).

En la primera carta a los corintios (1 Co. 9:10-23), Pablo se refirió brevemente a un detalle de su metodología evangelística. Escribió que exteriormente, en el estilo de su vida y de su discurso, él se adaptaba a los oyentes que en ese momento lo rodeaban, con el fin de acercar la una y la misma gran verdad de Dios al mayor número posible de personas. Sus palabras textuales en 1 Co. 9:19-23 son:

“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él.”

Tal era el programa de Pablo: adaptarse a las formas exteriores del vivir y hablar de la gente – claro está, hasta donde era posible sin incurrir en pecado y sin desmedro para la palabra de Dios – con el objeto de llevar la siempre igual verdad divina a grupos humanos siempre distintos. Con el discurso en el Areópago nos da una muestra acabada de su metodología:

Ya el comienzo de su alocución llama poderosamente la atención: Pablo tiene delante suyo a personas que por años y decenios se venían ocupando en cuestiones acerca de Dios, de problemas existenciales, y acerca de la vida en general. Sabe que se trata de hombres dados a la reflexión, y pese a todo esto, muy, pero muy lejos de la verdad divina. Ahora bien: a esta gente Pablo “se adapta”; les da a entender que los toma muy en serio: “Atenienses, en todo observo que sois muy religiosos” (Hch. 17:22). Pablo les demuestra que los respeta – y esto no es una

estratagema retórica para captar su atención y benevolencia, sino que lo dice con toda sinceridad. Los trata no con altivez, sino de igual a igual. Se abstiene de expresar críticas, si bien sabe que los atenienses están equivocados, en lo que creen. Y de este modo gana acceso a sus corazones.

Luego, sin perder tiempo, el apóstol va directamente a su tema: menciona un altar que vio al recorrer la ciudad (Hch. 17:23). Dicho altar llevaba la inscripción: "Al dios no conocido". Inscripción extraña, con un tétrico trasfondo histórico: Seiscientos años antes de que Pablo visitara Atenas, la ciudad había sido infestada por una terrible plaga que había cobrado centenares de víctimas. De a poco, Atenas se iba despoblando. Para prevenir su ruina total, un poeta de nombre Epiménides ideó un plan al parecer estrafalario: propuso que se hiciera correr una manada de ovejas por las calles de la ciudad, libremente. Dondequiera que se echaran a descansar, deberían ser sacrificadas de inmediato en el templo más próximo. Resultó empero, por desgracia, que algunas de las ovejas se recostaron en lugares en cuya cercanía no había ningún templo. Ante este hecho, Epiménides aconsejó erigir allí mismo un altar e inmolar sobre él las ovejas en cuestión. Esto quiere decir que las ovejas fueron sacrificadas a dioses desconocidos. Y consecuentemente, a estos altares se les puso la inscripción: "Al dios no conocido". Había en Atenas más de un altar de esta índole. A uno de ellos se refiere Pablo. Y declara: "*Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerlo, es a quien yo os anuncio*" (Hch. 17:23).

El estilo de Pablo es directo y preciso: No habla de un dios cualquiera, sino del Dios Creador que hizo el mundo y todo lo que en él hay, y que es el Señor del cielo y de la tierra. ¡Más claro imposible! En forma contundente, pero no hiriente, Pablo declara: Ustedes tendrán en su ciudad una gran cantidad de templos y estatuas de dioses, y no obstante, al soberano Creador y Señor del universo – a éste no lo conocen. Y luego agrega, para descartar cualquier malentendido: El soberano Creador y Señor del universo – a éste no lo conocen. Y luego agrega, para descartar cualquier malentendido: El soberano Creador y Señor del universo no habita en templos hechos por manos humanas (y en verdad, templos de esta clase había de sobra en la ciudad de Atenas). Con esto, Pablo

hace ver a sus oyentes: Los dioses de ustedes son demasiado pequeños, tan pequeños que caben en un templo. El Dios viviente es distinto. Es el que ejerce el dominio absoluto sobre todas las cosas.

Y esto no es todo, sigue diciendo Pablo: Dios es no sólo el que creó el universo, sino también el que lo mantiene. Él es quien da a todos vida, aliento y todas las cosas (Hch. 17:25). Ningún hombre puede dar a Dios algo que éste aún no tenga. Todos esos templos son muy hermosos y muy imponentes, humanamente hablando. Pero ante Dios no son más que nimiedades sin valor, piedras muertas.- Este es el mensaje de Pablo. Un mensaje inquietante, pero formulado cuidadosamente: es que Pablo quiere decir la verdad sin tapujos, pero también sin causar ofensa.

Su tema siguiente son los hombres (Hch. 17:26-28). Pablo destaca el hecho de que la humanidad entera procede de un solo hombre (Adán), y que a esta humanidad, Dios le ha dado un encargo definido en términos claros y precisos, a saber: el de *“buscar a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarlo”* (v.27). Y hay una razón por qué esta búsqueda no es en modo alguno una búsqueda carente de sentido: *“Ciertamente, Dios no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos”* (vv. 27-28). Los poetas griegos citados por Pablo son Epiménides (*“En él vivimos, nos movemos y somos”*) y Arato (*“Linaje suyo somos”*).

¿Qué quiere decir Pablo con estas citas? Quiere demostrar a sus oyentes: incluso los propios poetas de ustedes tenían alguna noción de que existe un Dios soberano que crea vida y la mantiene. Sin embargo hicieron de este conocimiento una interpretación equivocada y desembocaron en los ídolos, no en el Dios único, verdadero. En un punto empero, su razonamiento era correcto: que debe existir alguien que hizo el mundo, y que no está lejos.

Esta manera de argumentar la usa Pablo más de una vez (P.ej. en su sermón evangelístico en la ciudad de Listra, Hch. 14:15-17). Ante oyentes mayoritariamente paganos recalca siempre de

nuevo que la grandeza y la majestad de Dios se hace claramente visible y se puede discernir por medio de la sorprendente armonía y multiplicidad de la naturaleza. Años más tarde, Pablo desarrolló este tema en forma más pormenorizada en su carta a los romanos (Ro. 1:19-20).

Para los filósofos atenienses, los pensamientos expuestos por Pablo constituían un verdadero desafío. Al fin y al cabo, el apóstol los obligaba a reconocer: todas las estatuas, todos los templos no pueden ayudarnos en nada. No es allí donde se puede hallar a Dios. En las obras de arte humanas, el hombre se encuentra siempre y únicamente a sí mismo, pero no al Dios viviente.

El discurso de Pablo se torna más directo aún: indica a sus interlocutores la manera cómo pueden hallar a Dios, a saber: por vía del arrepentimiento (Hch. 17:29-30). Lo que puede brindar ayuda, dice Pablo, no son estatuas de dioses u obras de arte arquitectónico. Todo esto son objetos muertos de fabricación humana. A Dios lo hallan sólo aquellos que se arrepienten. Otro camino no hay. – Y luego viene una frase cuya explosividad se descubre sólo al mirarla más de cerca: “Dios pasó por alto los tiempos de esta ignorancia, pero ahora manda a todos los hombres... que se arrepientan” (Hch. 17:30). ¿A qué se referirá con esos “tiempos de ignorancia”? Se refiere, entre otras cosas, a los largos siglos durante los cuales enseñaban y escribían los ilustres filósofos de Grecia – un Sócrates, un Platón, un Aristóteles. A esta centenaria tradición de sabiduría y erudición, Pablo la califica de “tiempos de ignorancia”. Lo que quiere decir es: Durante siglos, los filósofos se dedicaron a enseñar y escribir. Durante siglos, incontables artesanos y arquitectos invirtieron horas y horas de trabajo e ingentes sumas de dinero en levantar templos y esculpir estatuas de dioses. Más con todo esto, no se han acercado un solo paso a Dios. Y un siglo tras otro, Dios pasó por alto ese vano trajinar. Se abstuvo, por ejemplo, de someter a juicio a la ciudad de Atenas. Pero ahora manda a todos los hombres que se arrepientan.- Aclarado esto, y a manera de continuación lógica, Pablo pasa el tema del juicio de Dios, y lo hace con palabras muy serias (Hch. 17:31).

También en este sermón de Pablo descubrimos algo que aparece reiteradamente en otras de sus alocuciones evangelísticas: la referencia al juicio divino. Pablo coloca el evangelio de Jesús ante el trasfondo del juicio de Dios. Con esto hace ver en forma inequívoca: la finalidad última del mensaje del evangelio no es mejorar la calidad de vida, sino salvar al hombre de caer bajo el juicio de Dios. En otras palabras: salvarlo de la eterna condenación.

La intención de Pablo de entrar en mayores detalles acerca del evangelio de Jesús se vio frustrada. Pues al oír la palabra “resurrección”, el auditorio estalló en una risotada burlona. Podemos imaginarnos que los señores epicúreos y estoicos, orgullosos de su saber, habrán seguido las exposiciones de Pablo con creciente desagrado. Les habrá resultado difícil sustraerse a su argumentación, pero tampoco habrán querido aceptarla. ¡Y ahora, este hombre incluso iba a hablar de una “resurrección”! – momento oportuno para desahogar mediante risas y burlas la tensión y desazón que se venía acumulando en su interior, y pasar a otra cosa. Con un insulso: “Ya te oiremos acerca de esto otra vez” se deshacen del molesto predicador (Hch. 17:32-33).

Y sin embargo: a pesar de que Pablo había sido interrumpido en el punto más crítico; a pesar de que había evitado conscientemente acomodar su discurso a las expectativas de los epicúreos y estoicos; a pesar de que había desenmascarado el culto a los dioses e ídolos como religiosidad sin sentido e incapaz de ofrecer soluciones; a pesar de que había desenmascarado el culto a los dioses e ídolos como religiosidad sin sentido e incapaz de ofrecer soluciones; a pesar de que había puesto sobre el tapete el tema urticante “juicio y condenación” – a pesar de todo esto, “algunos de los que se le habían juntado, creyeron” (Hch. 17:34). Aún en la Atenas tan inmersa en la idolatría, el evangelio de Cristo demostró ser “poder de Dios para salvación” (Ro. 1:16).

¿Qué se desprende de lo antedicho para la práctica evangelística hoy?

Acabamos de analizar cuatro sermones evangelísticos de los apóstoles. Ha llegado el momento de sacar algunas conclusiones.

Invariablemente, los apóstoles ponían a la cabeza de sus discursos la verdad de Dios. Su preocupación primordial era permanecer fieles en todo a esta verdad. Estaban siempre dispuestos a anunciar con valor, sin cortes ni eufemismos, todo el consejo de Dios (Hch. 20:27), aun a riesgo de herir la susceptibilidad de sus oyentes. Exponer la verdad de Dios: esto era el inamovible punto central de su labor evangelística.

De esto se sigue: También en la evangelización de hoy día, la verdad de Dios tal como la Biblia nos la presenta palabra por palabra, debe ocupar el primer lugar. Lo que ante todo debe guiarnos es el firme y serio propósito de permanecer fieles a la verdad de Dios, guste o no guste. También las verdades impopulares de la Biblia, tales como sus declaraciones acerca de la santidad de Dios, el estado de perdición en que se hallan los seres humanos, el juicio divino, el infierno y la condenación – todo esto debe tratarse abierta y claramente, sin disimulo ni suavizantes. El mensaje evangelístico no debe ser un simple punto más al final de un megaprograma previo, sino que tiene que formar el centro de gravedad mismo del acto que se está realizando.

Los sermones evangelísticos de los apóstoles se caracterizaban por la profundidad de su contenido. Sobrios y serenos en la exposición detallada de la verdad divina, jamás dejaban de respaldarla con citas de las Sagradas Escrituras. Puede decirse que sus sermones estaban saturados de verdades bíblicas. No eran mensajes relámpago, sino alocuciones enjundiosas y de mucho peso que asignaban un amplio espacio a la palabra de Dios.

De esto se sigue: En la evangelización de hoy día hay que repensar muy seriamente qué lugar le queremos asignar a la palabra de Dios. Lo que necesitamos son sermones evangelísticos sustanciosos, que desarrollan los detalles de la verdad con sobriedad, seriedad y profundidad. Mensajes sintéticos que administran la palabra de Dios en dosis mínimas pueden ser muy indicados y exitosos dentro de un marco determinado. Pero dentro del marco de una reunión de carácter evangelístico, los sermones de los apóstoles siguen siendo el modelo recomendable.

Recomendable e importante es, además, evitar todo cuanto pudiera interponerse como elemento de estorbo o distracción entre la palabra de Dios y el oyente. Música ensordecedora, griterío

histórico, efectos teatrales y cosas por el estilo son incompatibles con la seriedad del mensaje de la salvación, y no hacen más que desviar la atención desde el centro hacia la periferia.

Como ya queda dicho, para la promulgación de la Buena Nueva de Jesús, los apóstoles siempre usaban como telón de fondo el juicio de Dios.

De esto se sigue: En los sermones evangelísticos de hoy día, las declaraciones bíblicas acerca del juicio de Dios deben volver a ocupar un lugar destacado. Sería un peligroso error encerrarles tímidamente en algún párrafo medio perdido.

En su trabajo evangelístico, los apóstoles se empeñaban en tomar en cuenta la situación y las condiciones de vida de sus oyentes, lo cual, sin embargo, no significaba en modo alguno que le hicieran aquí o allá algún corte a la verdad divina. Predicaban directamente “a la persona”, con tacto, pero sin avenirse jamás a entrar en compromisos.

De esto se sigue: Es preciso que tengamos un afecto sincero a las cuales queremos alcanzar con el evangelio. Debemos esforzarnos al máximo para comprenderlas y así lograr acercarles la verdad de Dios de la manera más personal posible. Este contacto personal empero tiene cierto límite, y este límite se traspasa donde sufre desmedro el mensaje que el Señor nos ha encargado. Quiere decir: en el momento en que aguamos, callamos o descuidamos partes de la verdad de Dios para no poner en peligro nuestra relación con los hombres, nos estamos haciendo culpables. La fidelidad a Dios siempre tiene que estar por encima de la relación con los hombres. Una prédica evangelística que se orienta sistemáticamente en las necesidades humanas no puede considerarse bíblica.

Los apóstoles no se apresuraban a garantizar a los recién convertidos su salvación por los siglos de los siglos. Eran conscientes de que sólo pasado cierto tiempo quedaría demostrado si la fe era genuina o no.

De esto se sigue: En nuestra evangelización de hoy día debemos ser cautelosos en “extender garantía de salvación en el acto” a personas que en una reunión evangelística han pasado al frente o han pronunciado una oración de entrega al Señor. El carácter sincero o efímero de la aceptación de Cristo sólo se revelará con

la aparición o no aparición de ciertas señales, que son: ruptura clara con la vida anterior y frutos visibles del Espíritu.

Mucho de lo que actualmente se realiza en el campo del trabajo evangelístico responde plenamente a los modelos bíblicos. Por otra parte, algunas de las prácticas en boga hoy día discrepan en forma alarmante de la que empleaban los apóstoles - lo que viene a corroborar la tesis de la cual habíamos partido en nuestra disquisición.

Lo que urge es, entonces, una re-orientación interior y exterior, libre de compromisos, de la evangelización tal como se la está llevando a cabo en amplios sectores. Para ello pueden servir las cinco deducciones que acabamos de esbozar. Correcciones hechas a medias de poco servirán. Sólo con el consciente seguimiento del modelo apostólico, la evangelización recobrará la fuerza de penetración que tanta falta le hace.

“En primer lugar: la Verdad” – esto ha sido, es y será el camino que conduce al éxito. También aquí cabe aplicar las palabras del Maestro *“Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Jn. 8:31-32).

Título del original: Die Wahrheit zuerst...!
 Überlegungen zu einer biblischen
 Evangelisationspraxis.

Informationsbrief N° 188 VI/1998

“kein anderes Evangelium”

Trad. E. Sexauer, DD.